

DOS PUNTOS DE VISTA SOBRE EL  
INCONSCIENTE FREUDIANO A LA LUZ  
DE UNOS EJEMPLOS DE SAN AGUSTIN  
Max Hernández C.

A Carlos Tosi

Una aclaración de antemano: No trato de decir que Freud o el psicoanálisis esclarezcan y respondan a las inquietudes que llevaron a San Agustín, durante el siglo IV, de la vida disoluta al maniqueísmo, de éste a la filosofía, a la investidura y por fin a la santidad; a escribir desde *La Ciudad de Dios* hasta las *Retractaciones*; a combatir herejías y a redimir pecadores. Tal intento me parecería menos trivial que pretencioso. Acometerlo me exigiría, además de una esforzada empatía, un andamiaje de erudición del que no dispongo.

43

Quiero sí, señalar cómo dos modelos de la metapsicología freudiana, el topográfico y el estructural, contienen respuestas posibles a algunas preguntas que San Agustín se hizo —y nos legó— en sus *Confesiones*. En la sucinta formulación de Khaler “Para Agustín, el inconsciente ya había llegado a ser un problema; sus preguntas giran alrededor de las márgenes del reino de la psique; se atormentó a sí mismo con las paradojas de las transiciones, pero no logró llegar a una conclusión”(1967).

Veamos, por ejemplo, este texto del libro X de “Las Confesiones”:

“Mandaste que me abstuviera del concúbito, y aun respecto del matrimonio mismo aconsejaste algo mejor de lo que concediste. . . Pero aún viven en mi memoria, de la que he hablado mucho, las imágenes de tales cosas, que mi costumbre fijó en ella, y me

salen al encuentro cuando estoy despierto, apenas ya sin fuerzas; pero en sueños llegan no sólo a la delectación, sino también al consentimiento y a una acción en todo semejante a la real. Y tanto puede la ilusión de aquella imagen en mi alma, en mi carne, que estando durmiendo llegan estas falsas visiones a persuadirme de lo que estando despierto no logran las cosas verdaderas. ¿Acaso entonces, Señor Dios mío, yo no soy yo?, y sin embargo, ¡cuánta diferencia hay entre mí mismo y mí mismo en el momento en que paso de la vigilia al sueño o de éste a aquella!

¿Dónde está entonces la razón por la que el despierto resiste a tales sugerencias y, aunque se le introduzcan las mismas realidades permanece inmovible?

¿Acaso se cierra aquella con los ojos? ¿Acaso se duerme con los sentidos del cuerpo?

Mas, ¿De dónde viene que muchas veces aún en sueños, resistamos, acordándonos de nuestro propósito, y, permaneciendo castísimamente en él, no damos ningún asentimiento a tales sugerencias? Y, sin embargo, hay tanta diferencia que, cuando sucede al revés, al despertar volvemos a la paz de la conciencia, y la distancia que hallamos entre ambos estados nos convence de no haber hecho nosotros aquello que lamentamos que se ha hecho de algún modo en nosotros" (1950).

44

Esta preocupación de San Agustín por la eficacia de aquello que soporta las imágenes oníricas, por lo vano de la razón frente a una "realidad" de una consistencia, por lo menos tan compacta y vigorosa como la de "la" realidad, palpita en el pensamiento occidental con mayor o menor fuerza cuando Freud en 1895, preocupado por el origen de la ansiedad escribía a Fliess: "Podemos suponer que la tensión endógena pueda aumentar de manera continua o discontinua, pero en cualquier caso será notada tan sólo cuando llega a cierto umbral. Sólo por encima de este umbral deviene en algo psíquico y entra en relación con ciertas ideas que buscan producir los remedios específicos. . . Si la reacción específica no acaece, la tensión psico-física (el afecto sexual) aumenta inconmensurablemente, se hace un obstáculo pero no se produce una transformación. . . En la neurosis de angustia. . . la tensión al no estar psicológicamente "ligada" se transforma en

angustia”(1954).

Es decir, Freud intentaba trazar aquel umbral entre lo físico y lo síquico por encima del cual la excitación podía bien llegar a la consciencia bien transformarse en angustia. Umbral que al ser sobrepasado daba acceso a la transformación de la tensión física en psíquica y a que entrase por ende en relación con contenidos ideativos. En la misma época, Freud enderezaba su interés hacia los sueños “. . . lo más extraño de todo es que durante el sueño ocurren procesos psíquicos, los sueños, que tienen muchas características que aún no comprendemos”. . . “uno cierra los ojos y alucina, los abre y piensa en palabras” (1954 bis).

Toda esta búsqueda va a culminar en la publicación de “La Interpretación de los Sueños”. Esta obra en lo esencial estuvo gestándose en 1896 y fue escrita en 1899. Llegó a ella a través de su propio análisis. No nos concierne acá extendernos al respecto. Lo que importa señalar es que en el Capítulo 7 de “La Interpretación de los Sueños”, Freud despliega la concepción topográfica del aparato mental. Desde la doble vertiente de su práctica clínica y de su autoanálisis, Freud establece la similitud entre la formación de síntomas neuróticos y ciertos aspectos del funcionamiento mental normal, señaladamente, los sueños, los chistes, las parapraxias. A partir de entonces el umbral descrito como un filo en el borrador “E”, adquiere en el discurso freudiano la dimensión de la censura, que como veremos nos puede remitir tanto a la represión como al concepto muy posterior del Superyó.

45

En 1912 en “Una nota sobre el inconsciente en Psicoanálisis” y luego en 1915 particularmente en “Lo inconsciente”, y en “La Represión”, Freud culminaba su edificio metapsicológico, hacía verosímil el concepto de lo inconsciente, permitía distinguir entre los usos descriptivo, dinámico y sistemático del mismo y a través del estudio de las ideas activas más inconscientes —esto es, aquellas que demuestran su existencia y su eficacia en la sugestión post-hipnótica, en los síntomas neuróticos, en la presencia de la angustia y en los sueños— lograba definir ese topos desde donde San Agustín sabía que surgía ese algo que “se

---

ha hecho de algún modo en nosotros”.

Las consideraciones topográficas, económicas y dinámicas permitían responder a la citada pregunta de San Agustín con la conocida aserción —y no por conocida menos importante— el sueño es una satisfacción encubierta de deseos que burlan la censura.

Sin embargo, cauta, audaz, típicamente, Freud nos prevenía: “Por tanto, si queremos llegar a una consideración metapsicológica de la vida psíquica, habremos de aprender a emanciparnos de la significación del síntoma ‘conciencia’ ”(1915 a).

Si volvemos por un momento a San Agustín hemos de ver que se interesaba también por otras fronteras que su capacidad introspectiva le permitía explorar. Así, se preguntaba sobre la memoria y sobre el olvido: “De donde se sigue que es angosta el alma para contenerse a sí misma. Pero ¿dónde puede estar lo que de sí misma no cabe en ella?

46

“Estas mismas cosas, si las dejas de recordar de tiempo en tiempo, de tal modo vuelven a sumergirse y sepultarse en sus más ocultos penetrales, que es preciso, como si fuesen nuevas, excogitarlas por segunda vez en este lugar —porque no tienen otra estancia. ¿Y qué cuando nombro el olvido y al mismo tiempo conozco lo que nombro? . . . mas cuando recuerdo el olvido, preséntanseme la memoria y el olvido: la memoria con que me acuerdo y el olvido de que me acuerdo”.

“... Pues ¿qué diré, cuando de cierto estoy que yo recuerdo el olvido? ¿Diré acaso que no está en mi memoria lo que recuerdo? ¿O tal vez habré de decir que el olvido está en mi memoria para que no me olvide? Ambas cosas son absurdísimas”.

¿Cómo afrontó Freud este absurdo? En 1894 anotaba: “En otros casos esta expulsión de la idea inconciliable se produjo de un modo inconsciente que no ha dejado huella alguna en la memoria de los enfermos”. Es decir, empezaba

---

a definir este olvido olvidado que más tarde definiría como la represión. Entre la precisión acuciosa de San Agustín y la ausencia de la noción de ausencia de recuerdo en ciertos pacientes, se puede perfilar otro umbral u otro borde. En "Lo Inconsciente" (1915) al preguntarse sobre la censura Freud concluía tentativamente: "Uno puede suponer que en el curso del desarrollo individual la censura ha dado un paso adelante". Habrían, pues, dos censuras, una entre el pre-consciente y el inconsciente y otra entre el pre-consciente y el consciente (1).

Mas sigamos con San Agustín, quien pese a su santa vida, o quizás debido a ella, se atormentaba con extrañas e inexistentes culpas:

"Lejos, Señor, . . . lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute".

"Porque también me sentí en algún tiempo inundado de gozo de cosas torpes, recordando el cual ahora lo detesto y execro" . . . "la carne apetece contra el espíritu y el espíritu contra la carne".

"Contienden mis alegrías, dignas de ser lloradas, con mis tristezas dignas de alegría, y no sé de qué parte está la victoria".

"Otras veces, empero, queriendo inmoderadamente evitar este engaño, yerro con demasiada severidad" (1950).

"Las preocupaciones de la vejez llevan a Agustín, especialmente en las "Retractaciones", no sólo a criticarse con inquieta minuciosidad. . . sino a defender, a veces de manera artificiosa pasajes de su obra puestos en tela de juicio por sus adversarios". (Marrou, 1960) San Agustín aplicaba sobre sí mismo toda la severidad de la doctrina del teólogo del pecado original, del moralista de la concupiscencia, del campeón de la ortodoxia.

¿Cuál era la naturaleza de estas culpas? Freud, en lo clínico buscaba rastrearlas en los escrúpulos obsesivos, en los autorreproches melancólicos; en lo teórico, continuaba considerando lo más sólido de su razonamiento metapsicológico como algo provisorio y aún sujeto a revisión. Los trabajos "Introducción al Narcisismo" (1914) y "El Duelo

---

y la Melancolía" (1917 [ 1915 ] ) lo llevaban a privilegiar otros enfoques. "Más Allá del Principio del Placer" (1920) añadía interrogantes, refutaba pasadas soluciones. La obra en su conjunto exigía una revisión de los principios.

En 1923 se publicó "El Yo y el Ello". El anterior modelo topográfico con su división consciente/inconsciente era reemplazado por el modelo estructural y su concepción tripartita del aparato psíquico yo/ello/superyó.

Como lo han planteado Grinberg y sus colaboradores (1973) el pensamiento metapsicológico freudiano sigue dos líneas teóricas que alcanzan su cumbre en 1915 con "Lo Inconsciente" por un lado, y "El Duelo y la Melancolía" por otro, que formalizan dos concepciones de la mente. En "Lo Inconsciente", como hemos visto, se formula nítidamente la metapsicología de la primera tópica. "El Duelo y la Melancolía" propone el esbozo de una teoría estructural en términos de objetos introyectados y gira alrededor de la escena primaria. "El yo y el Ello" intenta una síntesis de estas dos líneas de investigación.

48

¿Buscaba Freud proponer dos modelos alternativos o crear una síntesis que contuviera el modelo anterior trascendiéndolo y refinándolo? La pregunta sigue sin respuesta. En todo caso, las razones que clásicamente se invocan como propulsoras de este intento son la existencia insistente y terca de las defensas inconscientes, aquel borde del conflicto que San Agustín situaba en algún lugar entre la memoria y el olvido y la presencia del sentimiento inconsciente de culpa, hontanar de preocupaciones en San Agustín.

Estos dos escándalos clínicos reubicaban los polos del conflicto defensivo. La partición se establecería a ambos lados de la defensa (algo que se defiende de algo) y también a ambos lados del sentimiento de culpa (algo o alguien castiga o culpa a algo o alguien). El conflicto, como las líneas de un cristal al quebrarse, permitía la visión de la estructura. Pero ya hemos visto que la noción de defensa inconsciente tenía una larga historia en la obra de Freud y el sentimiento inconsciente de culpa era el tema central de

---

su artículo "Los Actos Obsesivos y las Prácticas Religiosas" (1907) y de varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica. Lo importante es que Freud les otorgó un rol protagónico.

Si este desplazamiento de los polos del conflicto marcaba el perímetro de las tres instancias; si las funciones de cada una de ellas les daba distintividad organizativa es el papel que las diversas identificaciones juegan en la constitución de la estructura de la personalidad lo que Freud ha de poner de relieve en "El Yo y el Ello". El reconocimiento de la importancia de las identificaciones secundarias, subsecuentes a la pérdida de objetos, permite precisar la génesis del superyó, como instancia, en la internalización parental. Se aclara de una vez y por todas que el superyó es el heredero del complejo de Edipo. Todo este mecanismo de reemplazar la catexis objetal por una identificación basada en la introyección del objeto que fuera esbozada en el artículo sobre Leonardo, aplicada a los procesos depresivos en "La Aflicción y la Melancolía", desplegada in extenso en "Psicología de las Masas y Análisis del Yo", desempeña un rol central tanto en la formación del superyó como en los procesos de desarrollo del yo en la obra de Freud a partir de 1923.

49

Freud debía, además, llevar al centro mismo de su praxis clínica la teoría dualista de las pulsiones. Para Ricoeur (1965) este tránsito desde una especulación "suspendida en el vacío" a un verdadero desciframiento posibilita el desentrañamiento de la pulsión de muerte del interior del ello, el yo y el superyó. El concepto de pulsión de muerte, hecho explícito en 1920, fue precedido por la claridad cada vez mayor con que Freud vio la pertinencia de las tendencias autodestructivas. Este dato clínico llevó a Freud a la conceptualización de la pulsión de muerte por un lado, y a la del superyó por otro. La pulsión de muerte cuyo sordo clamor se escuchaba en los comportamientos repetitivos, en las reacciones terapéuticas negativas, podía ahora ser seguida desde su insurgencia del ello a su instalación en el superyó.

Esta pulsión de muerte, este "principio de desunión" (2)

---

—cuya inexorabilidad parece expresarse incluso en la división que ha causado entre los analistas: los que creen en ella y los que no— nos recuerda lo irreductible del conflicto. Es esta irreductibilidad la que hace al psicoanálisis —este saber que se tiene que agotar para poderse saber— a la vez necesario e interminable, pues en la raíz misma del impulso al conocimiento coexisten solidarios el deseo amoroso de conocer y la pulsión tanática de saber.

San Agustín sabía de esto:

“... hay una vana y curiosa concupiscencia, paliada con el nombre de conocimiento y ciencia, que radica en el alma a través de los mismos sentidos del cuerpo y que consiste en no deleitarse en la carne, sino en experimentar cosas por la carne...”

“Por aquí se advierte muy claramente cuándo se busca el placer, cuándo la curiosidad por medio de los sentidos; porque el deleite busca las cosas hermosas, sonoras, suaves, gustosas y blandas; la curiosidad, en cambio, busca aun cosas contrarias a ésta, no para sufrir molestias, sino por el placer de experimentar y conocer. Porque ¿qué deleite hay en contemplar en un cadáver destrozado aquello que te horroriza? Y, sin embargo, si yace en alguna parte, acuden las gentes para entristecerse y palidecer. Y aun temen verle o les hubiera persuadido a ello la fama de una gran hermosura. Y esto mismo dígame de los demás sentidos, que sería muy largo enumerar”.

50

Esta captación tan penetrante del papel que el afán de destrucción y de control juega en el deseo de saber nos urge con angustiante actualidad a la cordura.

Lancelot Law Whyte (1960) ve en el concepto de lo inconsciente una “suprema concepción revolucionaria de la modernidad” que socava los cimientos tradicionales de Occidente. La exagerada importancia ética, filosófica y científica que se daba a la conciencia del individuo y cuya inadecuación hizo que Windelband señalase sus poderes subversivos. Pontalis (1965) piensa que quizá habría que ver en el pensamiento freudiano la pulsión de muerte del saber. Subversión total y llamado a la humildad.

REFERENCIAS

- Freud, S.: (1894) The neuro-psychooses of defence. S. E. III. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1900) The Interpretation of dreams. S.E. IV y V. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1907) Obsessive actions and religious practices. S. E. IX. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1912) A note on the unconscious in psychoanalysis. S. E. XII. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1914) On narcissism: an introduction. S. E. XIV. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1915) Papers on metapsychology. S. E. XIV. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1916) Some Character-Types Met with in Psychoanalytic Work. S. E. XIV. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1920) Beyond the pleasure principle. S. E. XVIII. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1923) The ego and the id. S. E. XIX. Hogarth. London.
- Freud, S.: (1954 [ 1897-1902 ] ) The Origins of Psycho-Analysis. Imago. London.
- Grinberg, L. et al.: (1973) "El yo y el ello" cincuenta años después. Ponencia presentada ante el Congreso Latino-Americano de Psicoanálisis. Actas del Congreso.
- Kahler, E.: (1967) Nuestro laberinto. Fondo de Cultura Económica. México. 1972.
- Law Whyte, L.: (1960) The Unconscious before Freud. Basic Books. New York.
- Marrou, H.: (1960) San Agustín y el agustinismo. Aguilar. Madrid.
- Pontalis, J.-B.: (1965) Después de Freud. Sudamericana. Buenos Aires. 1971.
- Ricoeur, P.: (1965) Freud: Una interpretación de la cultura. Siglo XXI. México. 1970.
- San Agustín: (1950) Obras. Las Confesiones. v. II. La Editorial Católica. Madrid.

NOTAS

- (1) No es del caso extenderse en este punto, por lo demás importantísimo.
- (2) La frase es de J.-B. Pontalis.